

LASZLO PASSUTH

POKER DE PAPAS



El cuadro histórico de Centroeuropa en una etapa decisiva de su historia. A mediados del siglo XIV los turcos amenazan con derribar el caduco imperio de Bizancio. La corte de Viena, los magyares, todo el tablero de principados, de pequeños reinos de aquel avispero enloquecido se agita ante el peligro. Se conciertan pactos, uniones matrimoniales, compromisos de urgencia, mientras en los castillos la fiesta continúa día y noche. La ruptura interna de la Iglesia añade un elemento más de confusión. La peste diezma ciudades enteras. Caen reinos en el fango, entre el estruendo de la artillería recién inventada. Las grandes ciudades italianas se lanzan a la conquista de las rutas de la especiería. Los cruzados de las Órdenes teutónicas contienen las últimas invasiones de bárbaros en las fronteras del Este. Pocas veces habrá vivido el mundo una época de brillo, riqueza, maldad, una época de fascinación, comparable a aquel momento en que se adivina la aparición de un Nuevo Mundo. László Passuth recrea magistralmente ese momento histórico. Y nos lo muestra con el perfil luminoso de una vidriera gótica, con la gracia cortesana de un cronicón miniado. Una auténtica novela que ha puesto a prueba el gigantesco poder de creación de uno de los más grandes y auténticos novelistas de este tiempo.

1

SE HALLABAN sentadas en torno a la gran mesa, en el castillo de Nagyszombat, juntas las tres, como si se tratara de una reunión de señoras distinguidas: las tres Isabeles. La mayor –la viuda de Carlos Roberto– decrépita anciana venida de la lejana Polonia para asistir a los esponsales ha tiempo anunciados, escondía su mano mutilada (recuerdo de la acción de Feliciano Zách), bajo un mantón de encajes.

La mayor categoría la ostentaba la viuda de Carlos IV, el emperador romano. La Isabel «de Pomerania» se hallaba todavía en la flor de sus años. La naturaleza la había dotado de elevada estatura y de extraordinaria fuerza física: era una mujer rubia y alegre que se jactaba de poder doblar herraduras o pulseras, si así lo quería. Y mientras vivió su marido, el gran político envejecido, el emperador amante de los libros, ella sólo fue su pálido reflejo; pero ahora la joven viuda se sentía capaz de escalar los inciertos peldaños del poder. Porque desde la muerte de Carlos de Luxemburgo, el imperio romano-germánico sólo tuvo reyes empeñados en atacarse entre ellos, pero nadie que como él llegara a ceñir la corona imperial.

La Isabel madre y la Isabel viuda de Luis el Grande no se estimaron desde el comienzo, y eso fue durante mucho tiempo la comidilla de las cortes. La mayor era la más sabia, la más política; la menor, la más joven –acababa de perder a su marido– empezaba a saborear ahora el vicio del poder. Con todo su ardor de esclava del Sur, aspiraba a

dirigir caprichosamente los destinos del imperio de su marido –aspiración femenina– y a echar por tierra de un plumazo el testamento que había dejado Luis el Grande.

Cada una envuelta en su pompa, sonriéndose unas a otras, se hallaban sentadas en sus grandes sillones ornados con coronas, ante toda la corte húngara; nobles y embajadores; eslavos del Norte que se encontraban con eslavos del Sur. Y cuando agotaron las pocas frases en latín preparadas para las presentaciones, conversaron en sus idiomas hermanos, de sabor diario. Y aunque las dos Isabeles magiars emplearon entre sí la lengua húngara, en Cracovia, donde vivía Isabel «la vieja», no utilizaban ese idioma tan singular. Porque su marido, Carlos Roberto, apenas si podía acudir a él cuando le faltaban frases en latín.

La idea de esos esponsales había brotado ya en la mente de Luis: juntar en una sola cama a la Casa de Luxemburgo y a los Anjou húngaros. María, hija de Luis el Grande y de Isabel, y Segismundo, hijo de Carlos de Luxemburgo y de Isabel de Pomerania, recibirían Hungría, con la atrayente guirnalda compuesta por los países que dependían de ella. Y la otra hija, Eduvigis, reinaría en Polonia.

Podía suponerse que esas reinas que se sonreían cortésmente, sólo eran títeres manejados por manos interesadas, insignificantes figuras. Pero no: en ese otoño de 1382, ya no las respaldaba varón alguno que pudiera orientarlas en el orden de las cosas. La Isabel mayor había salido de la corte polaca de su hermano para bañarse de nuevo en el resplandor de sus recuerdos. Salió a Visegrád, contempló el Danubio y luego embarcó, igual que cuando lo hizo para ir a Nápoles a asegurar el trono de su hijo menor, Andrés. Fue un viaje penoso, inútil. ¿Por qué no se lo trajo entonces a casa? Así pudo haber evitado que en el monasterio de Aversa, enroscaran el cordón de seda negro en torno al cuello de su hijo. Y la mujer pecadora, Jua-

na, reinó todavía treinta años, aunque este año –¿o fue el año pasado?– también la alcanzó su destino. Pero era ya una vieja, la que los mozos de Nápoles estrangularon en el lejano castillo sobre las rocas.

La anciana Isabel no pudo entonces asistir a los funerales de su hijo en Fehérvár, pero ahora le rendiría los honores antes de regresar a Polonia. Casi no conocía a nadie entre los más viejos cortesanos. Por su parte, la nuera, la Isabel joven –apenas unas semanas después de la muerte de su marido– tomó en sus manos las riendas del país. Nombró nuevos nobles para ocupar altos cargos, devolvió las tierras a sus antiguos propietarios; la jerarquía eclesiástica, jueces y magistrados frecuentaban los palacios de Visegrád o de Buda, mendigando nuevas posesiones, acechando presas nuevas, más y más títulos.

Nagyszombat se hallaba más cerca de Cracovia y también de Praga que las demás residencias reales, por lo que convocaron a todos para los esponsales en el mencionado palacio de Nagyszombat. Era el compromiso matrimonial de un par de niños: Segismundo apenas había cumplido los trece años. La última voluntad de su padre le hizo dueño y señor del gran ducado de Brandeburgo, mientras que el hermanastro mayor, Wenceslao, heredaba la corona de Bohemia. A los primos Jost y Jodock, sólo les dejaron escasas comarcas.

Wenceslao le llevaba muchos años a Segismundo, por lo que Carlos IV le encomendó también a su primogénito el papel de padre. Y el matrimonio decidido por los dos poderosos príncipes, serviría también para enterrar antiguas discordias, viejos recelos. Tanto Luis como Carlos pensaban unir así en una sólida guirnalda, los países que se extienden desde la frontera de los Balcanes al Imperio bizantino, llegando hasta Francia. Abrazarían en el norte al país polaco y acaso las regiones lituanas serían anexionadas, como las posesiones de los caballeros alemanes en el Báltico. A Wenceslao le llegaría así el reino alemán, al que

corresponde la corona del sacro Imperio romano germánico. Con la mano de María, Segismundo recibiría la nación húngara y los territorios conquistados al sur. En la mano de la otra hija, Eduvigis, quedaría Polonia en cuanto ésta cumpliera el deseo de su padre de convertirse en esposa del príncipe austríaco.

El problema más inquietante era el Sur, cuyas comarcas se hallaban continuamente en peligro desde que el poder turco puso pie firme en los Balcanes. El milenarismo Imperio bizantino se iba desmoronando a medida que los emperadores de la familia, los Paleólogos, perdían cada vez más la esperada ayuda de los países cristianos de Europa.

En el Occidente dominaba el derecho del más fuerte en sus luchas cada vez más encarnizadas, durante las guerras anglo-francesas; donde caballeros ataviados con vistosos trajes combatían a mandobles. Un arma nueva apareció en los campos de batalla, el cañón, lo cual modificó profundamente la estrategia utilizada. En Hispania, de las luchas entre dominios cristianos, emergieron Castilla y Aragón. A veces se declaraban la guerra, otras se aliaban para luchar contra los moros, quienes se mantendrían aún durante un siglo en el reino árabe de Granada.

La dilatada ruptura interna de la Iglesia, fue considerada por los cronistas como la mayor desgracia del mundo: el pontífice francés de Avignon, sembró la duda sobre el poder del santo Padre de Roma. Durante dos generaciones intentaron en vano una salida a la gran crisis del pueblo de Cristo, planeando Concilios en busca de la unidad. Durante largos años –especialmente cuando también pusieron en la cabeza del tercer papa la triple tiara– reinó en los países cristianos un obsesionante temor por el fin del mundo. Los pueblos y sus gobernantes se revolvían asustados entre lúgubres profecías.

Después de años de escasez y de grandes epidemias – como la peste de 1348– estallaron en todas partes discor-

días y querellas, y en muchas comarcas se originaron guerras de campesinos. Éstas fueron aplastadas una a una por el ataque de los poderosos, que en esa ocasión se apresuraron a aliarse, pero tuvo que pasar muchísimo tiempo hasta que las heridas pudieran cicatrizar.

En el tiempo de los interregnos adquirieron gran prestigio las universidades, que comenzaron a multiplicarse. Al principio fueron Bolonia y París las favoritas. Pero luego, la universidad de Praga, fundada por la imperial voluntad de Carlos IV, así como el «Studium Generale» de la ciudad de Pécs, que Luis el Grande tuvo el valor de crear, difundieron el espíritu y hasta la forma de las dos grandes academias anteriores.

Italia aún era de los italianos, y en el tablero de ajedrez de la península no luchaban todavía las potencias extranjeras para conquistarla. Italia del Norte era compartida por dos poderes: el principado de los Visconti, en Lombardía; y en Venecia, la república de San Marcos, la «Serenissima». A causa de aquella ruptura de la Iglesia se había debilitado el brazo secular de los papas; y pequeños tiranos locales dominaban en la mayoría de las ciudades. Nápoles y Sicilia vivían bajo el reinado de la Casa de Anjou; en Toscana florecían las repúblicas de las cuales se destacó Florencia, entre cuyos gobernantes figuraban ya los Médicis.

En la Europa occidental, el reino francés pudo haber sido el poder dirigente, como lo fue durante siglos, pero su estructura feudal lo había vuelto tan frágil, su poder tan inestable que, en la guerra contra los ingleses, su mayor vasallo –el príncipe de Borgoña– se pasó al enemigo. Los países escandinavos no querían participar todavía en el juego de dominio de Europa; aquí era el reino danés el poder dominante, y su rey disfrutaba en Buda, aún por largo tiempo, de la hospitalidad a que tenía derecho por su parentesco.

No era por tanto alegre la imagen del imperio germano después de la muerte de Carlos IV. Margraves, prínci-

pes y gobernantes, y las cada vez más fuertes ciudades imperiales libres, repartíanse entre ellos el poder –rara vez pacíficamente– con frecuencia en guerras civiles. Las interminables luchas fueron empobreciendo a los campesinos y multitud de gentes sin casa ni hogar vagaban en busca de comarcas más seguras. Y cuando con motivo de los esponsales de Nagyszombat se reunieron obispos y cancilleres, pudieron contemplar ante sí una Europa plena de vicisitudes, mientras en los castillos la fiesta continuaba día y noche.

El joven novio era sorprendentemente alto, un muchacho que ya auguraba al futuro galán. Sus cabellos eran de un rubio oscuro, la mirada azul, vivaz. Había perdido a su padre a los nueve años y desde entonces sufrió toda clase de adversidades por tierras bohemias, polacas, húngaras y a veces también en su propia región de Brandeburgo. En Nagyszombat sorprendió a todos desde el principio, ya que, a pesar de carecer el joven novio de lengua materna, conversó con soltura en toda clase de lenguas y dialectos. Había pasado largos años en la corte húngara, lo mismo que en Polonia, a donde le llevó la voluntad de Luis el Grande. En Bohemia, vivió al lado de su hermanastro Wenceslao, en el Hradschin. Habiendo llevado una existencia tan errante, sorprendía que hubiera podido asimilar la dura pedagogía obligatoria en la educación de un príncipe. Segismundo se destacó rápidamente entre sus compañeros defendiéndose en latín cuando hablaba con los embajadores; con los venecianos empleaba el italiano y consiguió su mayor éxito con el brindis en húngaro. También dominaba el francés y en esa lengua se dirigió al canónigo de Dijon cuando éste llegó a las fiestas. La impresión de los invitados debió de ser la de que el novio –a quien su futura suegra Isabel, no podía precisamente querer– había ganado su primera batalla en la corte.

Esta Isabel, apenas descendido el rey Luis a la cripta de Fehérvár, empezó a tejer y a urdir los hilos en favor de un

matrimonio franco-húngaro. Su intención era esperar la disolución del noviazgo entre María y Segismundo, y cambiar así los proyectos de su difunto marido; había tiempo para ello, ya que el príncipe francés elegido era mucho más joven que Segismundo, y de esa manera podría gozar Isabel de un largo y sereno período de regencia, dispuesta a reinar durante muchos años en nombre de su hija María. Segismundo, en cambio, pronto sería lo bastante mayor para tenerlo bajo su tutela; o dominado, si fuera necesario. El pequeño margrave se estaba moviendo con demasiada habilidad en Nagyszombat para que alguien pudiera asegurar a Isabel una administración femenina muy prolongada.

María, la novia, rondaba los diez años. Los embajadores la describían en sus informes como una niña esbelta y de cara bonita. En cambio el enviado de la Serenísima, no mencionó ni su apariencia, ni la fecha en que se planeaba la boda, pendiente de la madurez de María. Los embajadores de Venecia tenían que informar hechos auténticos, con amenaza de castigos graves si no respondían a la verdad.

La abuela manca sonreía con la seguridad de ser más sabia que las demás; ella se acordaba lúcidamente de todos, y de todo lo que había ocurrido en esta parte del mundo. Llamó, pues, ante sí a María, la nieta, y al novio, a quien ya conocía desde Cracovia. De pronto pensó en su hijo, Andrés, hundido en el mundo de las sombras desde hacía un cuarto de siglo...

La abuela alzó su varita de hueso e hizo un ademán, como le correspondía por ser la más anciana. El baile podía comenzar.

2

A LA mesa de la reina Isabel se hallaba el secretario de la embajada veneciana: Laurentius de Monacis, autor de varias obras célebres, entre ellas el famoso «Chronicon». La meridional belleza sureña de la viuda de Luis había sufrido con el paso de los últimos cinco años. Pero era todavía una mujer interesante, de cabello negro, con su nariz arqueada y sus cejas finas; era como si después de la muerte de su marido apareciera liberada de la tensión ejercida por la única voluntad del rey. Isabel ambicionaba manejar el timón con toda su fuerza de mujer, pero con un rigor que Luis jamás hubiera ejercido o hubiera querido ejercer.

En la primavera del año del Señor de 1386, habían empezado a florecer los frutales tempranos del jardín en la fortaleza de Buda, y una nube de flores blancas y rosadas llenaba de perfume la habitación abovedada del castillo. Isabel echó una mirada al jardín y habló en voz baja al veneciano:

—¿Continuamos, *messere*?

El señor Laurentius había abandonado ese año sus crónicas. No le interesaba escribir los acostumbrados anales sobre los acontecimientos del año anterior. Pero el objetivo de la reina era conseguir la exaltación de Isabel, y borrar alguna que otra sombra, por lo que había prometido al humilde funcionario de la república de San Marcos, la posesión de tres pueblos de la comarca de Tolna.

—Pensaba elegir como título de la obra, majestad, un concepto a la vez común y excepcional, general y particu-

lar, algo así como: «Sobre las cosas ocurridas a las ilustres reinas». Y me gustaría añadir: «... Y sobre la lúgubre muerte de Carlos el Pequeño», todo lo cual sonaría así en latín: «Carmen de *casu illustrium Reginarum et de lugubro exitu Caroli Parvi...*».

–¿Y por qué había de ser lúgubre la muerte de Carlos? ¿No respiró acaso el país entero cuando falleció?

–Toda muerte es lúgubre... Y si al muerto no le adornamos con algún atributo que después puede ocultar, como un sudario, todo lo que era deforme o criticable en él, difícilmente podríamos rendir culto a la tradición de los antepasados, *De Mortuis*, mi señora.

–Carlos tenía tan sólo cuarenta años cuando falleció.

–Bueno, dejemos ese título, todo esto pertenece también a los acontecimientos del año pasado...

–El año del Señor de 1385 llegó revestido de alegría y de placer pero era engañoso. Segismundo cumplía sus diecisiete años, María se transformó en doncella: al mismo tiempo que los astrólogos, la naturaleza apoyaba su enlace. Pero esa boda no atraía en cambio ni a Wenceslao ni a los polacos. Ya había yo pospuesto dos veces la boda, por lo que, finalmente, no se podía postergar más.

»A pesar de que tampoco a mí me gustaba... Pero eso no lo escribáis, *messere*. Mientras María sea joven y no dé un paso sin su madre, nosotros seremos "La Regina". ¿Quién es ese Segismundo? No sabemos gran cosa de él. Acaso tan sólo que todos le contemplan admirados, sobre todo si las que le ven son mujeres. El margrave de Brandeburgo, o según su nuevo título, el Defensor de Hungría, coge siempre las flores cuando están al alcance de su mano. ¿Qué podría yo pretender de mi señor yerno? No, no había temor de que le vigilase con corazón emocionado en su noche de bodas. ¡Pero qué noche, Lorenzo! Bien sabía yo que debía aceptar que él me quitara las riendas; a Segismundo no lo puedo gobernar como a mi propia hija. Pero mi difunto marido lo quiso así: que los Anjou y los Lu-

xemburgo se ayunten en un mismo lecho. Esos Luxemburgo no tienen patria ni lengua materna; uno es checo, otro alemán, los demás hablan francés. Segismundo ya está cortejando a María en húngaro... ¿Pero cuánto tiempo quedó junto a ella después de su unión? Fue llamado enseguida por su hermano Wenceslao. Y la tormenta de Hungría sorprendió a mi yerno en Praga.

»Quisiera contaros algunas cosas sobre Carlos el Pequeño, que en su obra figurará como príncipe; digna de lamentación fue su muerte: nosotros, los de Bosnia, no perdonamos ni en la tumba a los que nos han faltado. ¿Cuándo llegó por primera vez de Dalmacia la noticia de que Carlos de Durazzo había fondeado allí? Posiblemente en primavera... Dios mío, hace apenas un año, y ya parece una eternidad. ¿Puede asombrar, *messere*, que después de la muerte de mi marido se desmoronara tan rápido todo el oro del tesoro real? János Garai y Miklós Gara I eran mis mejores consejeros, pero ellos tampoco podían extraer el oro de las piedras. Sí, Carlos fondeó en Dalmacia con sus tropas italianas. No vino como un pretendiente al trono, con las manos vacías: trajo el oro de Nápoles y aquí les esperaban los rebeldes. Todo el clan de los Horvátis, todo el clan de los Lackfis. Carlos, según esas noticias, anunció que se vengaría de nosotros, y de todos los que obedecían a Luis, por la muerte cruel de su padre, Carlos de Durazzo.

»Sabréis también lo que pasó con Juana. Cuatro años ha, Carlos envió a tres esbirros a la fortaleza de las rocas en que Juana estaba encarcelada. La cadena... ¡Qué larga cadena es ésta, Señor mío! Casi treinta años ya, desde que apretaron el cordón de seda al cuello del hermano menor de mi marido, en el castillo de Aversa... Los tres verdugos tuvieron aún bastante decencia para dar tiempo a Juana de rezar un Padre Nuestro antes de estrangularla. Sí... pasó hace casi cuatro años... Carlos, fue Carlos quien mandó a los verdugos para ejecutar a su propia tía.

»Carolus era pequeño de estatura sin ser enano, metía sus narices en todas partes husmeando intrigas, era malvado. ¿Qué más hubiera podido hacer yo, pobre mujer, despojada de toda mi fortuna, cuando llegó la noticia de que ya estaba en Zagreb, que se acercaba a las fronteras húngaras, que había llegado a la puerta en el Sur del país, engrosando siempre su ejército, uniéndose a Carlos en Tolna y en Baranya? Como una bola de nieve rodando desde la cumbre, así fueron creciendo sus fuerzas. Fue un invierno suave el del año pasado, no hubo borrascas ni nieve, no rondaban lobos en el bosque frío. Y Carlos llegó...

»¿Cómo olvidar aquellos días, ni yo, ni María? Naturalmente, envié enseguida un representante, con bellas palabras. Si no podía mandar tropas que cortaran la inundación, creía salvar mi vida y la de mi hija sometiéndome voluntariamente a Carolus, aunque no tenía muchas esperanzas. Era de Nápoles... empleaba venenos, estrangulaba con los cordones. Pero... mientras yo respire, puedo tener esperanzas. "Dum spiro, spero"... Aquel día... esperaba en un oscuro amanecer, confiando en que llegara Segismundo con tropas checas, alemanas... y quizá también húngaras, para librarme de esa prisión. No... no éramos, *messere*, prisioneros. Cuando Carolus llegó, se arrodilló ante nosotras, nos besó la mano, a María le dio un abrazo. Nosotras le abrazamos con asco, como a una víbora. Era feo, contrahecho, de mirada astuta.

»Convocó en Buda al parlamento. Los Horváti vigilaban quién podía entrar a la "Dieta" y quién no. Eligieron a Carolus Parvus gobernador y hasta le concedieron la corona de San Esteban. Entonces cayó una gran nevada. Cuando regresamos a Székesehérvár, ya nos habíamos olvidado de la Santa Navidad. Dos días antes de finales de año, Carlos recibió la corona de San Esteban. El parlamento exigió de mi hija que abdicara su título real, sin oponerse,

sino sometiéndose también ella a su generoso pariente. Carolus, amén, amén, querido hijo...

»¿Qué clase de coronación era ésa, en pleno invierno, en medio de una borrasca de nieve, en el penúltimo día de 1385? Carlos desplegó todo un ejército, dispuesto a ahogar en sangre la menor protesta, el menor lamento. Reinaba un silencio sepulcral, como si hubieran degollado a la gente. No se pronunció ni un "¡Viva!", el arzobispo dijo lo suyo solamente en latín, sin alegría. La corona de San Esteban era demasiado grande para el señor de Nápoles, sus orejas sostenían el gran aro de oro. Tan triste coronación no se había vivido jamás en Hungría. Nosotras tuvimos que estar presentes allí, en las sillas delanteras. El sillón contiguo al trono quedó vacío. Perteneecía simbólicamente a Margarita de Nápoles. Nosotras, con María... sí, nos sentamos en esas primeras sillas, pero no en los tronos.

»Dije a María: bajemos a ver a tu padre. Una única antorcha iluminaba la cripta, luego sólo dos candiles. Luis yacía en el sarcófago de mármol. ¿Qué clase de visita fue la nuestra? ¡Horrible! No nos dijimos ni una palabra, solamente acariciamos ese amarillento mármol funerario. ¿Sabrá o no el alma del muerto lo que sucede aquí, en la tierra? Le llamábamos, Luis, Luis... Teníamos miedo que Carlos bajara también, de que nos viera, que oyera nuestros rezos. No bajó sino al día siguiente. Ese día de hoy era de fiesta, no le atraían los muertos. Repartió tierras, títulos, elevó a magistrados que eran las aves de la traición. Estuvo presente en el gran almuerzo, en la gran fiesta, en el baile. "Domina Regina", "Domina Regina", de eso no faltaba... Pero a María ya sólo la trataba de princesa, y en habla latina. A su lado no quedaba sitio para nadie en el trono. Sobre todo para la hija de Luis...

»Días, días. No estábamos en prisión; cuando nos veíamos, nos saludábamos muy sonrientes, pronunciábamos palabras y expresiones cortesananas. Era de Nápoles, mez-

claba las palabras latinas con las suyas, para poder andar con rodeos, a la italiana. Nos quedamos todo el mes de enero allí, en Buda. El castillo es bastante amplio, y en el ala de las reinas disponíamos de gran espacio. María pudo quedarse al lado de su madre. Había dinero para mantener también nuestra corte, con algunos fieles partidarios que permanecieron a nuestro lado. El mayor consuelo nos lo daba Nicolás Garai, pero él tampoco podía expresar abiertamente su afecto. ¡Si llevaban todas mis palabras a Carlos! Hasta las paredes tenían oídos... Entre mis partidarios estaba Balázs Forgách, el más impulsivo. ¡Si *messere* le viera! Era un paladín fuerte, de rancio linaje, pero pobre en posesiones. Un hombre tan... un hombre tan... ¿cómo decirlo? Un hombre así necesitábamos para comprender el sombrío futuro.

»¿Y cómo olvidar luego aquel día? El 7 de febrero... Me asomé por la mañana, la niebla se fundía sobre el Danubio, un poco de sol se abrió paso entre las nubes, brillante, y allí enfrente, en Pest, la iglesia de Nuestra Señora. ¿Lo veis, Lorenzo? Me acuerdo de todo lo que ocurrió aquel día. Aún era de mañana cuando me anuncié a aquel hombre, a quien no podía tratar como "Regia Maestas". No obstante, aquella mañana le envié un recado, pidiéndole que me honrara con una visita: había llegado un mensaje de mi yerno, el margrave Segismundo.

»Carlos vino. Le dije que me gustaría hablarle a solas porque no incumbía a los demás nuestros asuntos personales. Otras veces había ocurrido lo mismo, no había en ello nada de extraño. Las damas de mi séquito salieron también. Estábamos sentados, y yo le hablé de las cosas del Imperio, de las que Carlos no sabía mucho. Sólo le interesaban los sucesos de su reino: Italia. Así estuvimos platicando, dando rodeos y matando el tiempo con una charla superflua. Miraba a todas partes, las damas trajeron refrescos. Balázs no llegó, y eso también molestó bastante a Carlos. Después me preguntó: "¿Qué escribe nuestro 'Se-